

nes se lo coma, dijo don Cleofas, y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática; y volviéndose á ella el Cojuelo, le dijo: Ya vamos llegando, señora huésped, donde cumpla lo que desea, que es la Puerta del Sol y la Plaza de Armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos gozando de sus antelaciones para hinchar de agua sus cántaros. Aquella es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mira en frente los retratos que yo la prometí enseñar (sin estar la dicha mulata en la plática que hacía don Cleofas había dirigido el tal Cojuelo), y diciendo: ¡Qué hada hilera de señores, que parece que están vivos! El Rey nuestro señor es el primero, dijo el Cojuelo. ¡Qué hombre está! dijo la mulata. ¡Qué bizarros bigotes tiene! ¡Y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto á él la Reina nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! Dios nos la guarde. Aquel niño de oro que se sigue luego, ¿quién es? El Príncipe nuestro señor, dijo don Cleofas, que pienso que lo crió Dios en la turquesa de los ángeles. Dios le bendiga, replicó Rufina, y mi ojo no le haga mal; y viviendo mas que el mundo nunca herede á su padre, y viva su padre mas siglos que tiene almenas en su monarquía. ¡Ay, señor! replicó Rufina, ¿quién es aquel caballero, que al parecer está vestido á lo turquesco, con aquella señora tan linda al lado vestida á la española? No es, dijo el Cojuelo, traje turquesco, que es la usanza húngara, como ha sido rey de Hungría, que es Fernando de Austria, cesáreo emperador de Alemania y rey de romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infanta de Castilla, que hasta los demonios, volviéndose á don Cleofas, celebramos sus grandezas. ¿Quién es aquel de tan hermosa cara y tan alentadas guedejas, preguntó la mulata, que está también en la cuadrilla vestido de soldado, tan galán, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos y tiene tanto auditorio mirándole? Aquel es el serenísimo infante don Fernando, respondió el Cojuelo, que está por su hermano gobernando los estados de Flandes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás, despues que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jerjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada á mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto, que los más de los días vuelve el dinero el purgatorio. Gana media, si pudiera, dijo la mulata, de darle mil besos. En país está, dijo don Cleofas, que tendrá el original bastante mercadería de eso, que esta ceremonia dejó Judas sembrada en aquellos países. ¡Oh cómo me pesa, dijo la Rufina, que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor! Ya todo ha bajado al Prado,

dijo el Cojuelo, y no hay nada que ver en ella; tome usted su espejo, que otro día le enseñaremos el río de Manzanares, que se llama río por que se rie de los que van á bañarse en él, no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como río navarrisco, siendo el mas merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo. El de mas caudal es él, dijo don Cleofas, pues lleva mas hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares. Ya me espantaba yo, dijo el Cojuelo, que no volvais por tu río; respóndele eso al vizcaíno que dijo: O vende puente, ó compra río. No ha menester mayor río Madrid, dijo don Cleofas, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogara aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del molino quemado. ¡Qué galante eres, dijo el Cojuelo, don Cleofas, hasta con tus regidores! Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le había de cumplir la palabra el día siguiente. Todo lo cual y lo demás que sucediere se deja para estotro tranco.

TRANCO IX.

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla en la mayor parte son hijas del laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Teseo de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del Duque, que es una plaza mas ancha que las demás, ilustrada de las ostentosas casas de los duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas, y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho, como esotro en la obediencia, en el dicho, que murió sacrificado á la lealtad de su padre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que con tanta aprobacion lo es el conde de Salvatierra, gentilhombre de la cámara del señor infante don Fernando y segundo Licurgo de gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue, luego á siniestra mano, en un gran cuarto bajo, cuyas rejas rasgadas descubrian algunas luces, vieron mucha gente de buena capa, sentados con grande orden, y uno en una silla con un bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles y dos acólitos á los lados y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en el suelo, que era un espacio que hacian los asientos; y el Cojuelo le dijo á don Cleofas: Esta es una academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se juntan en esta casa á conferir cosas de la profesion y hacer versos á diferentes asuntos; si quieres, pues eres hombre inclinado á esta habilidad, éntrate á entretener dentro, que por huéspedes y forasteros no podemos dejar de ser muy bien recibidos. Don Cleofas le respondió: En ninguna parte nos podemos entretener tanto, entremos ahora buena. Y trayendo en el aire, para entrar mas de rebozo, el Cojuelo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas, que se los quitó á dos descortesés, que con este achaque palian su descortesía, que estaban durmiendo, por ejercerla de noche y de

SONETO.

Pánfilo, ya que los eternos dioses,
Por el secreto fia de su juicio,
No te han hecho tribuno ni patricio,
Con que á la dignidad del César oses;
Razon será que el ánimo reposes,
Haciendo en tí oblation y sacrificio,
Que dicen que no acudes á tu oficio,
Estos que cortan lo que tú no coses.
Los ojos vuelve á tu primer estado,
Las togas cose, y de vestir las deja,
Que un plebeyo no aspira al consulado.
Esto, Pánfilo, Roma te aconseja,
No digan que de plumas que has hurtado
Te has querido vestir como corneja.

El soneto fué aplaudido de toda la academia, diciendo los mas noticiosos de ella que parecia epigrama de Marcial, ó en su tiempo compuesto de algun poeta que le quiso imitar; y otros dijeron que adolecia del doctor de Villahermosa, divino Juvenal aragonés; pidiendo el conde de la Torre á don Cleofas y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla y que dijesen los nombres supuestos con que habian de asistirle, como se usó en la Corusca y en las academias de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia en Italia y como se acostumbraba en aquella. Don Cleofas dijo que se llamaba el Engañado y el Cojuelo el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenian los dos nombres, y repartiendo los asuntos para la academia verdadera, nombraron por presidente de ella al Engañado, y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros y porque les pareció á todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sentirlo, con otras dos, cantaron á tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés y dueño eminentísimo del estilo lírico, á cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la academia de aquella noche, dividiéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, porque no habian dado las nueve, y don Cleofas y el Cojuelo se bajaron hacia la alameda, con pretexto de tomar el fresco en el Almenilla, baluarte bellissimo que resiste á Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las continuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando á vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino á mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio y de vasallos fuera de él, patronazgo magnífico de los reyes, fundado por el santo rey Fernando, porque el día de su advocacion ganó aquella ciudad de los moros, le dijo el Cojuelo á don Cleofas: Este real edificio es jaula sagrada de un serafín ó Serafina, que fué primero dulcísimo ruiñeñor del Tajo, cuya divina y extranjera voz no cabe en los oídos humanos, y sube en simétrica armonía á solicitar la capilla empírea, prodigio nunca visto en el diapason ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.

dia, entraron muy severos en la dicha academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el conde de Torre Ribera y Saavedra y Guzman, cabeza y varon de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música. Era secretario Alvaro Cubillo, ingenio granadino, que habia venido á Sevilla á algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran entre los demás académicos conocidos don Cristóbal de Rosas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático, y don García Coronel y Salcedo, Fénix de las letras humanas y primer Pindaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron. Y sosegada la academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sugetos que habian dado en la pasada y que daban fin en los que entonces habia leído, con una silva al Fénix, que leyó doña Ana Caro, décima musa sevillana, les pidió el presidente á los dos forasteros que por honrar aquella academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habian entrado á oír los pasados; y don Cleofas sin hacerse mas de rogar, por parecer castellano entendido y cortésano de nacimiento, dijo: Yo obedezco con este soneto que escribí á la gran máscara del Rey nuestro señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro, que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos. Callaron todos, y dijo en alta voz, con accion bizarra y airoso ademán, de esta suerte:

SONETO.

Aquel que mas allá de hombre vestido,
De sus propios augustos esplendores,
Al sol por virey tiene, y en mayores
Climas su nombre estrecha esclarecido;
Aquel que sobre un céfiro nacido,
Entre los ciudadanos, moradores
Del Betis, á quien mas que pació flores
Plumas para ser pájaro ha bebido;
Aquel que á luz y á tornos desafia,
En la mayor palestra que vió el suelo,
Cuanta le ve estrellada monarquía,
Es, á pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que árbitro del día,
Está partiendo imperios con el cielo.

Aplaudiéndolo toda la academia con vítores y un dilatado estruendo festivo, y aperebiéndose el Cojuelo para otro, destosándose, como es costumbre, dijo de este modo á un sastre, tan caballero que no queria cortar los vestidos de sus amigos, remitiéndolos á su maese barrilete:

A estos hipérboles iba dando carrete, verdades pocas veces ejecutadas de su lengua, cuando al revolver otra calle, pocas veces paseada á tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde, que se indicaba de jardín, por unas pequeñas verjas de una reja algo alta del suelo, que malparía algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntó al Cojuelo don Cleofas qué casa era aquella donde había tanto regocijo á aquellas horas. El Diablillo le respondió: Este se llama el garito de los pobres, que aquí se juntan ellos y ellas, después de haber perdido todo el día, á entretenerse y á jugar y á nombrar los puestos donde han de mendigar esotro día, porque no se encuentren unas limosnas con otras; entrémonos dentro y nos entretendremos un rato, que sin ser vistos ni oídos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar este conclave de San Lázaro. Y con estas palabras, tomando á don Cleofas por la mano, se entraron por un balconcillo que á la mano derecha tenía la enemiga habitación; porque en la puerta tenían puesto portero, porque no entrasen mas de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo á una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salían á un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que había nacido en ellas, lo hallaron ocupado, con mucha orden, de los pobres que habían venido, comenzando á jugar al rento y limetas de vino de Alanis y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable; y algunos mirones sentados también y en pié. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres piés y otro supuesto, que podía pedir limosna con ellos, un candelero de barro, con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hacia ceniza de puro manejados de aquellos príncipes; y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. A estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas, que parece que les habían cortado de vestir de jaspes de los muladares. Y entrando don Cleofas y su compañero y diciendo una pobra, fué todo uno: Ya viene el Diablo Cojuelo. Alteróse pues don Cleofas, y dijo á su camarada: Juro á Dios que nos han conocido. No te sobresaltes, respondió el Diablillo, que no nos han conocido ni vos pueda ver, como te previne, que el que ha dicho la pobra que viene es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano, y se viene quitando la montera, y entre ellas le llaman el Diablo Cojuelo por mal nombre, que es un trapaza, embustero y ladrón, y estoy harto cansado con él y con esotros porque le nombran así; que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha de pagar, aunque sea con la mano del gato, como dicen. Muy grande atrevimiento, dijo don Cleofas, ha sido quererlas apostar contigo, siendo tú el demonio mas travieso del infierno, y no te la hará nadie que no te la pague. Estos

pobres, dijo el Cojuelo, como son de Sevilla, campan también de valientes, y reñirán con los diablos; pero no se alabará, si yo puedo, este de haber salido horro de esta chanza, que en el mundo se me han atrevido solamente tres linajes de gentes: representantes, ciegos y pobres, que los demás embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.

En esto se había acomodado ó sentádose en el suelo el Pié de palo, Diablo Cojuelo, segundo de este nombre, diciendo muchas galanterías á las damas. Y entró el Morciélagó, llamado así porque pedía de noche á gritos por las calles, con Sopa en vino, que le había encontrado agazapado en una taberna, y sacado por el rastro de los mosquitos que de él salían, como de la cuba de Sahagun. Convidóles con su asiento el Chicharrón y el Gallo: el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa mas alta los desvanecía. Y estando en esto, entró un pobre en un carreton á quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que había sido de un carril de un pozo, dijo: Por mi amor que se estén quedos y quedas, ó me volveré á ir. Temieron el desfavor; y acercándose el muchacho que le traía el carreton á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraon, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedía con plagas á las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenía un brazo menos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que después harían lo que les mandaba; viniéndose el Duque con el marqués de los Chapines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galán, y estaba entreteniéndole las damas, diciendo: Con visía me vengo, que está mas bien parado; y á ninguno de los dos les habían las damas menester para nada. La Postillona, llamada así porque pedía á las veinte limosna, no dejando calle ni barrio que no anduviese cada día, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que había sido senda de Esgueva á Zapardiel, sobre celos del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecía á quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artilada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas malas palabras al Marqués, sin dar causa su señoría á ello, metiéndose la Lagartija y la Mendrugá á revolverlas mas, y el Pié de palo á las vueltas con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres uno sobre otro, que á no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericon el de la Barqueta, y Embudo el Temerario, Tragadardos, Zancayo, Perúetano y Ahorcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marqués interpusieron sus autoridades, y para quitarlo de todo punto enviaron por un particular, que trajo luego Pié de palo, para pagarlo de bonete, que fueron unos ciegos y una gaita zamorana, que muy cerca de allí se re-

cogian, que fué menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Duque que no se había pagado tan caro particular jamás, por vida de la Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Pié de palo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la petrina, y Chispa y Redina con él, preguntando: ¿Quién es aquí el Diablo Cojuelo? Que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos á todos, porque me importa hacer ésta prision. Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito; y el verdadero Diablo Cojuelo, como quien deja la capa al toro, dejó á Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron á salir del garito él y don Cleofas. Este es, dijo el Duque, señalando á Pié de palo, que nosotros, ni hombres como nosotros, no hemos de defender de la justicia á hombres tan delinquentes, tomando venganza de algunos embustes que les había hecho en las limosnas de la sopa de los conventos; y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó á pedir iglesia á grandes voces Pié de palo, que en un bodegon hiciera lo mismo, queriendo darles á entender que era ermita, y no garito, donde estaban, y que todos y todas habían venido á hacer oracion á ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron á sacarle arrastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mojicones: No penseis, ladrón, que os habeis de escapar con esos embustes de nuestras manos, que ya os conocemos. Entonces el Conde, metiendo las manos en los chapines, dijo: ¿Por qué hemos de consentir que no contradiga el Duque que lleve preso un alguacil á un pobre como el Cojuelo? Por vida de la Condesa que no le ha de llevar, y haciéndose los demás pobres y pobras de su parte y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes á oscuras, tocándole los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo son no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecerse los apaleados.

TRANCO X.

En este tiempo llegaban á Gradas don Cleofas y su camarada, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenía rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillon, dos caballeros soldados vestidos á la moda, y díjole el Cojuelo á don Cleofas: Estos van á tomar posada y apearse á Caldevayona ó á la Pagería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que por acabar mas presto la jornada, dejaron la litera y tomaron postas. Juro á Dios, dijo don Cleofas, que lo he de ir á matar antes que se apeen y á cortarle las piernas á doña Tomasa. Sin riesgo tuyo se hará todo eso, dijo el Cojuelo, ni sin tanta demostracion pública; gobiernate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho. Con eso me has templado, dijo don Cleofas, que estaba loco de celos. Ya sé qué enfermedad es esa, pues se compara á todo el infierno junto, dijo el

Diablillo, vámonos á casa de nuestra mulata, almorzarás y conmutarás en sueños la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la academia, y yo fiscal. Par-diez, dijo don Cleofas, todo se me había olvidado con la pesadumbre; pero es razon que cumplamos nuestras palabras como quien somos. Y habiéndose mudado de la posada de Rufina otro día á otra de la Morería, mas recatada, pasaron los que faltaron para la academia en estudiar y escribir los sugetos que les habían dado y en hacer don Cleofas una oracion para preludio de ella, como es costumbre y obligacion de las presidencias de tales actos; y llegado el día, se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron á la palestra donde les esperaban todos los ingenios con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fueron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofas, llamado el Engañado en la academia, hizo una oracion excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oídos al aplauso, y desataron los asombros á sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el *Dici*, volviendo á resonar el pájaro de plata, dijo: Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, después de mi oracion, unas pragmáticas que guarden los divinos ingenios que me han constituido en esta dignidad, leyendo de esta manera un papel que traía doblado en el pecho: «Pragmáticas y ordenanzas que se han de guardar en la ingeniosa academia sevillana desde hoy en adelante.»

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos, y de trompetas el músico de Tracia, tan marido que por su mujer *descendit ad inferos*; y Arion, que, siendo de los piratas con quien navega arrojado al mar por robarle, le dió un delfín en su escamosa espalda, al son de su instrumento, jamugas para que no naufragase, *et cetus, et Amphion Thebanæ conditor urbis*; y pregonera la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que se las dicte Virgilio Maron, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

Don Apolo, por la gracia de la poesía, rey de las musas, príncipe de la Aurora, conde y señor de los oráculos de Delfos y Belo, duque del Pindo, archiduque de las dos Frentes del Parnaso, y marqués de la fuente Cavaliña, etc. A todos los poetas heróicos, épicos, trágicos, cómicos, ditirámicos, dramáticos, autistas, entremeseros, bailinistas y villancieres, y los demás del nuestro dominio, así seglares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades, como advirtiendo los grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que sin temor de Dios y de sus conciencias componen, escriben y hacen versos, salteando y capeando de noche, y decir los estilos, conceptos y modos de decir de los mayores, no imitándolos con la templanza y perifrasis que aconseja Aristóteles, Horacio y César Escaligero y los demás censores que nuestra poética advierten, sino remendándose con centones de los otros y

haciendo mohatras de versos, fulleras y trapazas. Y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente:

Primeramente, se manda que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducirlas de otras lenguas; y que el que dijere fulgor, livar, númen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago y dilio, ni otras de esta manera, ni introdujere proposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos academias, y á la segunda vez confiscadas sus sílabas y sembrados de sus consonantes, como traidores á su lengua materna.

Item, que nadie lea sus versos en idioma de járabe ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciaci6n, pena de no ser oidos de nadie.

Item, por cuanto celebraron el Fénix en la academia pasada en tantos géneros de versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios á este ave, y llamándola hija y heredera de sí propia, pájaro del sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido sino es para servirla, ni haber ningun testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna region ha encontrado nadie su aduar. Mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es la alabanza supersticiosa y pájaro de ningun provecho para nadie; pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música á ningun melancólico, ni sus pechugas alimento á ningun enfermo, que es pájaro diende, pues dicen que le hay y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí; finalmente, sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo que no haya sido quemado. Estando en el mundo el pájaro celeste, el cisne, el águila, que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz; la garza, el neblí, la paloma de Venus, el pelicano, afrenta de los miserables, y finalmente, el capon de leche, con quien los demás son unos pícaros; este sí que debe alabarse, y mátenle un fénix á quien sea su devoto cuando tenga mas necesidad de comer. Dios se lo perdone á Claudiano, que celebró esta necesidad imaginada para que todos los poetas pecasen en ella.

Item, porque á nuestra noticia ha venido que hay un linaje de poetas y poetisas hácia palaciegos, que hacen mas estrecha vida que los monjes del Paular, porque con ocho ó diez vocablos solamente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferrion, desman, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, explayarse, quieren expresar todos sus conceptos y dejar á Dios solamente que los entienda. Mandamos que se les den otros cincuenta vocablos mas de ayuda de costa del tesoro de la academia para valer de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados y de no ser entendidos, como si hablaran en vascuence.

Item, que en las comedias se quite el desmensurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí adelante no le valga la ley del mensajero. Que ningun príncipe

en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y que á las de Leon se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado. Que los lacayos graciosos no se entremetan con las personas reales, sino es en el campo ó en las calles de noche, que para querer dormirse, sin qué ni para qué, no se diga: Sueño me toma, ni otros versos por el consonante, como decir: Ha rey porque es justísima ley, ni ha padre porque á mi honra mas cuadre, ni las demás; á furia me provocho aquí, para entre los dos, y otras vilidades, ni que se disculpen sin disculparse, diciendo: Porque un consonante obliga á lo que el hombre no piensa. Y al poeta que en ellas incurriere de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda sirva á su majestad con dos comedias en Oran.

Item, que los poetas mas antiguos se repartan por sus turnos á dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances y todos los demás géneros de versos á poetas vergonzosos que piden de noche, y á recoger los que hallaren enfermos, comentando, ó perdidos en las soledades de don Luis de Góngora. Que haya una portería en la academia por donde se dé la sopa de versos á los poetas mendigos.

Item, que se instituya una hermandad y perálvillo contra los poetas monteses y jabalís.

Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta dias, ó salgan del reino.

Item, que ningun poeta por necesidad ni amor pueda ser pastor de cabras ni de ovejas ni otra res semejante, salvo si fuere tan hijo pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre qué caer poeta; mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.

Item, que ningun poeta sea osado á hablar mal de los otros sino es dos veces en la semana.

Item, que al poeta que hiciera poema heróico no se le dé de plazo mas que año y medio, y lo que mas tardare se entienda ser falta de la musa. Qué á los poetas satíricos no se les dé lugar en las academias, y se tengan por poetas bandidos y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tallas de sus consonantes como de hombres facinerosos á la república. Qué ningun hijo de poeta que no hiciere versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.

Item, que el poeta que sirviere á señor alguno muera de hambre por ello. Y al fin, estas pragmáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la poesía. «Mándase pregonar porque venga á noticia de todos.»

Celebradísimo fué el papel del Engañado por peregrino y caprichoso, sacando al mismo tiempo que le acababa otros del pecho del Engañador, llamado así en la academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decia desta manera:

«Pronóstico y lunario del año que viene al meridiano de Sevilla y Madrid, contra los poetas, músicos y pintores. Compuesto por el Engañador, académico de

la insigne academia del Betis, y dirigido á Perico de los Palotes, protodemonio y poeta de Dios te la depare buena.»

Interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes, y tantos que si fueran de plata pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones, cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí, y los corazones de los que los esperan y los traen. Doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta para entrar á la vista de la ejecucion de su requisitoria, la academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo: Vuelas mercedes no se alboroten, que yo vengo á hacer mi oficio y á prender no menos que al señor presidente, porque es órden de Madrid y la he de hacer de Evangelio. Palotearon los académicos, y don Cleofas se espeluzó tanto cuanto; y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo: No te sobresaltes, don Cleofas, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasion, que yo te sacaré á paz y salvo de todo. Y volviendo á los demás, les dijo lo mismo y que no convenia en aquel lance resistencia ninguna, que si fuera menester, el Engañado y él meterian á todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral. Hombre hay aquí, dijo un estudianton del Corpus, graduado por la feria y el pendon verde, que si es menester no dejará oreja de ministro á manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores. El alguacil trató de su negocio sin meterse en mas dimes ni directes, deseando mas que hubiese dares y tomares. Y doña Tomasa estuvo, empuñada la espada y terciada la capa á punto de pelear, al lado de su soldado, que era sobre alentada muy diestra como habia tanto que jugaba las armas, hasta que vió sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fué tras ellos, y la academia se malogró aquella noche y murió de viruelas locas.

El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano de trecientos escudos: Señor mio, usted ablande su cólera con ese diquilon mayor, que son ciento y cincuenta doblones de á dos, respondiéndole el alguacil al mismo tiempo que los recibió: Ustedes perdonen el haberme equivocado, y el señor licenciado se vaya libre y sin costas mas de las que le hemos hecho, que yo me he puesto á un riesgo muy grande, habiendo errado el golpe. El soldado y la señora doña Tomasa, que tambien habian regalado al alguacil, por mas protestas que le hicieron entonces, no le pudieron poner en razon, y ya á estas horas estaban los dos camaradas tan lejos de ellos que habian llegado al río, y al pasaje, que llaman, por donde pasan de Sevilla á Triana, y vuelven de Triana á Sevilla; y tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle mayor de aquel ilustre arrabal; y la

Vitigudiño y su galan se fueron muy desairados á lo mismo á su posada, y el alguacil á la suya, haciendo mil discursos con sus trecientos escudos, y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo de paso dos ó tres pendenencias en el arenal.

El alguacil despertó mas temprano con el alborozo de sus doblones, que habia puesto debajo de las almohadas; y metiendo la mano no los halló, y levantándose á buscarlos, se vió emparedado de carbon, y todos los aposentos de la casa de la misma suerte, porque no faltase lo que suele ser siempre el dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería, que fué necesario salir por una ventana que estaba junto al techo; y en saliendo, se le volvió todo el carbon ceniza; que si no fuera así, tomara despues por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbon de la encina del infierno, que nunca se acaba. El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le habia sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo en este tiempo por Cal de Tintores á la plaza de San Francisco y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza, y vió que le venian siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina, y dejando las muletas, comenzó á correr, y ellos tras él á grandes voces, diciendo: Tengan ese cojo ladron; y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina, venia un escribano del número bostezando, y metióse el Cojuelo por la boca calzado y vestido, tomando iglesia la que mas á su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él á sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió á defender su jurisdiccion una cuadrilla de sastres, que les hicieron resistencia á agujazos y á dedalazos, obligando á Cienllamas á enviar á Redina al infierno por órden de lo que se habia de hacer; y lo que trajo en los aires fué que con el escribano y los sastres diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutóse como se dijo, y fué tanto lo que los revolvió el escribano, despues de haberle hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partido echarlo fuera y que se volviese á su escritorio, dejándolo á los sastres en rehenes, para unas libreas que habian de hacer á Lucifer á la festividad del nacimiento del Antecristo. Tratando doña Tomasa, desengañada, de pasarse á las Indias con el soldado, y don Cleofas volverse á Alcalá á acabar sus estudios, habiendo sabido el mal suceso de la prision del Cojuelo, desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen á los diablos. Con que da fin esta novela, y su dueño gracias á Dios, porque le sacó de ella con bien, suplicando á quien la leyere que se entretenga y no se pudra en su leyenda, y verá qué bien se halla.